

Jose María Lagrange O.P

Jesús, puerta del redil

Más tarde, pero todavía en Jerusalén, Jesús instruía a los que le rodeaban: sus palabras, mucho más dulces, no dejan de tener cierta ilación con todo lo precedente, como en los profetas, las alegrías de la restauración prometida siguen muy de cerca a las amenazas del castigo. La misericordia luce después de la justicia.

Reconozcamos que en las anteriores pláticas, las palabras de Jesús fueron muy severas. Quiso dar a entender a los judíos hostiles que era sabedor de sus designios de darle muerte, y debió advertirles las consecuencias que sobrevendrían a su nación, a causa de su malquerencia hacia su Salvador, enviado por Dios. Los ojos de la fe descubren en estas admoniciones austeras, en este manejo del bisturí para abrir y hacer que supure la llaga, el deseo sincero y ardiente de provocar al arrepentimiento y la curación; pero los judíos despreciaban estas intenciones generosas. Suponían que Jesús buscaría todos los medios de librarse de una muerte dolorosamente presentida. ¡Qué mal lo conocían! Fué necesario que Jesús les abriera su corazón. Los adversarios obstinados quedaban debidamente advertidos, ahora se dirige a corazones más rectos y les dice, lleno de ternura por los hombres, que acepta por bien de ellos aquella muerte que va a sufrir. Lejos de rehuirla espantado, la desea, porque sabe que su obra se cumplirá con el sacrificio del pastor por sus ovejas. Sus ciegos verdugos correrán después tras la quimera de un salvador: será demasiado tarde, y sin esperanza morirán en su pecado. Otros los reemplazarán, y Él ve ya en el porvenir el redil abierto a otros rebaños al cuidado de un solo pastor.

Esta tierna instrucción no fué interrumpida por alguna voz discordante. No ganó todos los corazones, pero mientras las palabras de Jesús resonaron en los oídos, todos los que le escuchaban estaban bajo el encanto que aun ahora conmueve nuestras almas.

Ignoramos el lugar preciso en que Jesús pronunció estas palabras, que encerraban un tan gran secreto, el secreto de su muerte redentora. Tal vez sería frente al desierto de Judea, a juzgar por la comparación sacada de la vida pastoril. Hay aquí una verdadera parábola, con algunos rasgos alegóricos que apuntaban a las personas y circunstancias de la vida religiosa de Israel. El desierto estaba, como hoy, habitado por nómadas acampados bajo tiendas, persiguiendo de colina en colina las pobres señales de vegetación. Durante el día, cada dueño conduce sus ovejas y cabras, a menos que alguno se pueda dar el lujo de pagar un pastor. Llegada la noche, se encierran en un corral, muchas veces cercado con barda, todos los rebaños de la tribu, y un solo pastor los guarda. Por la mañana, abierta la puerta, entran los pastores, y dando cada uno un chasquido con la lengua, conocido de sus ovejas, son seguidos de ellas inmediatamente. Cuando se descarrián, las vuelven a la manada llamándolas por el nombre que les han

dado fijándose en su color o agilidad, bien en su docilidad o su espíritu veleidoso. Ladrón que se resuelva a asaltar de noche el corral se librará mucho de tocar a la puerta por temor de despertar al pastor, más bien escalará el muro o la cerca. Las ovejas que haya logrado robar no le seguirán por su gusto, porque no conocen el metal de su voz ni las modulaciones de su garganta. Esto es lo que Jesús recuerda a los judíos.

No lo comprendieron, ni era fácil que al principio pudieran seguirle. No hay parábola clara mientras no se vea a qué se aplica; es lo que ahora va a hacer Jesús. Hechos nosotros a las enseñanzas cristianas, saltamos diciendo: ¡Jesús es el buen pastor! Esperemos todavía.

La comparación da por supuesta la buena armonía entre el rebaño y el pastor; pero opone también dos categorías: pastores que entran por la puerta y ladrones que escalan los muros; y así la puerta del redil es indicio de buenos pastores.

Así dice Jesús : «Yo soy la puerta del rebaño.» Antes de Él nadie había pasado por esta puerta; los que habían venido eran ladrones y, por tanto, las ovejas no los habían escuchado. Vendrán otros entrando por Él, verdadera puerta, que conducirán el rebaño a los pastos. Claramente se reconocerá en éstos a los verdaderos discípulos de Jesús, a los que creerán en Él y enseñarán su doctrina. ¿Quiénes son los ladrones? Evidentemente no intenta calificar así a Moisés ni a los profetas, ni aun a los buenos reyes antiguos. Israel había tenido en todo tiempo buenos pastores y también pastores detestables, verdaderos ladrones de ovejas. La parábola no mira a estos tiempos lejanos.

Aun entre los contemporáneos de Jesús, los fariseos que se creían pastores, si no lo eran en realidad, a lo menos habían sabido hacerse aceptar por las ovejas.

Cristo habla aquí como Mesías, y aquellos cuya actitud vitupera son los que sin misión han querido hacerse pasar por Mesías, como fueron, por ejemplo, Judas el Galileo, Simón esclavo de Herodes, Atronges y otros más. Vanamente habían intentado levantar al pueblo para satisfacer su ambición, o, llevados de su fanatismo religioso, habían terminado por llevar sus partidarios a la degollina. No era ésta la misión de Jesús, venido para dar a los hombres vida, y vida abundante.

Aquí la parábola toma un nuevo rumbo, y muy en consonancia con su carácter enigmático, y desorienta para causar más agradable sorpresa.

Si, pues, Jesús se pone en contraposición con los falsos pastores, síguese que nos diga: «Yo soy el buen pastor.» Pero lo que nos dice sobrepasa toda esperanza. «El buen pastor da su vida por sus ovejas», al contrario del mercenario, que huye a la vista del lobo. Vuelve a decir: «Yo soy el buen pastor... y doy mi vida por mis ovejas.» Estas ovejas son los hombres que le conocen y son de Él conocidos. Todo conocimiento viene del Padre: Él conoce a su Hijo, y su Hijo le conoce a Él, y el Hijo conoce sus ovejas, y sus ovejas

le conocen a Él. Como en la parábola, Jesús fué el primero que vino a buscar sus ovejas y se dió a conocer a ellas en el redil de Israel. Hay otras muchas que jamás han oído hablar de Él: irá a buscarlas también, y no habrá más que un solo rebaño y un solo pastor.

Este grandioso porvenir se presentaba claro; había sido anunciado muchas veces por los profetas: El Mesías sería la luz de las naciones y debía asociarlas a Israel en el culto del verdadero Dios.

Había, no obstante, un punto obscuro y algo que parecía irrealizable: después de dar su vida por sus ovejas, ¿cómo podría Jesús cumplir su oficio de pastor? Ha llegado la hora de revelarlo. Da Él su vida en cumplimiento de una orden del Padre, pero el éxito de este sacrificio está asegurado mediante el ser divino que le dió el Padre. El que tiene poder para ofrecer su vida por la salvación del mundo tiene poder para volver a tomarla y dar el precio de ella. En los momentos en que el Hijo se manifiesta tan grande, acentúa más su obediencia al Padre, como para calmar los escrúpulos de los judíos, sometiéndose a la orden de la voluntad del Dios de Israel y de las esperanzas que confirman su misión. «Este mandamiento recibí de mi Padre.»

Le habían escuchado atentamente. Muchos del auditorio, insensibles a estos acentos, repiten que Jesús tiene el demonio, y así, al hacerse sordos al amor, tendrán que oír los oráculos de la justicia. Otros piensan que estas palabras vienen de Dios y no del espíritu del mal, que es necesario creerlas, pues están apoyadas en tan grande milagro como era el dar la vista a un ciego de nacimiento.

A los gentiles, griegos y romanos, llevados al redil de la revelación concedida a Israel, impresionó de modo particular la imagen del buen Pastor. En Roma fué muchas veces pintada en los muros de las Catacumbas. Estos primeros artistas llenos de fe, pero formados en la escuela de pintores mitológicos, se pudieron inspirar en los acertados cuadros de Hermes llevando un carnero. ¡Pero qué diferente su sentido! Aquí es el carnero, no el pastor, el que desde el principio era ofrecido como la víctima expiatoria. A más de que esta plástica pagana no había penetrado en Judea, en tanto que los Libros Sagrados estaban llenos de evocaciones de este buen pastor, que era Dios, que debía ser el Mesías. Los eruditos son muy libres de buscar en las religiones paganas concepciones análogas, por otra parte, poco frecuentes y poco seguras, pero no tienen derecho a suponer que el cuarto Evangelio se haya inspirado en ellas para atribuirles a Jesús. Que se acuerden del refrán burlesco de Atico: ¡Lechuzas a Atenas! Israel había celebrado con frecuencia al buen pastor, pero ignoraba que daría la vida por sus ovejas. Aun en el Evangelio esta revelación es nueva. Jesús volverá a recordarla.

(José María Lagrange, *El Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo*, Editorial Litúrgica Española, Barcelona, 1933, p. 245-249)